

un lugar en el mapa. Los pueblos europeos han participado en una común experiencia histórica, han sido educados en unos mismos principios morales con una perspectiva religiosa común, y han desarrollado una cultura a la que todos han contribuido y de la que todos se han beneficiado. Y precisamente como *Cristiandad*, Europa tomó conciencia de sí misma en ese sentido comunitario.

La cultura cristiana ha sobrevivido a través de numerosas tempestades, y después de las divisiones religiosas de los siglos XVI y XVII, pervivió en considerable extensión no sólo en el mundo católico, sino en el protestante. Hoy esta cultura está amenazada por el ateísmo y materialismo del Este, sin duda, pero también por el divorcio de la cultura y de la fe, el abandono de las normas morales cristianas y el desarrollo de un nuevo «internacionalismo» científico y técnico.

La única salvaguardia consiste en edificar con novedad y amplitud sobre los cimientos espirituales de nuestra civilización occidental, cuya base no está, para Mr. Dawson, en el estudio de los antiguos clásicos, sino en la gran tradición cultural cristiana. El valor intrínseco de esta tradición es, a sus ojos, superior al que la cultura clásica poseyó jamás, ya que «el mismo humanismo, tal cual lo conocemos, no es el humanismo de los griegos y los romanos, sino un humanismo que ha sido

transformado por la cultura cristiana del oeste».

El tema sobre el cual construye Christopher Dawson el primer libro, es el desarrollo de la cultura occidental bajo la formativa influencia de la Iglesia católica. La obra contiene las conferencias dadas por el autor en la Universidad de Edinburgh para la fundación Gifford en 1948-49. Las conferencias Gifford forman cada año una serie, siempre sobre un tema religioso.

Aunque el primer contacto de la Iglesia con los bárbaros no fué de carácter *civilizador*, sino salvador, en sentido sobrenatural, el resultado del establecimiento de los monasterios y la influencia de las dinámicas personalidades de muchos monjes misioneros, se tradujo en una innegable acción disciplinante y formativa. Una vez más, «la cautiva Grecia sometió a su orgulloso conquistador».

Los nombres de San Columbano —«quizá la más dinámica personalidad que produjo la Iglesia celta»—, maestro de casi todos los misioneros y grandes fundadores monásticos del siglo VII; San Wilfrido, San Wilibrordo, apóstol de Holanda del norte; San Bonifacio, el campeón de Alemania, y Alcuino, en monje de York que llegó a ser en tiempo de Carlomagno el maestro de toda Europa, deben ser recordados, e incluso descubiertos, a grandes masas de hombres que hoy disfrutan aún de su labor.—MARÍA ELISA MASEDA.

### C) DERECHO NATURAL Y ESTIMATIVA JURIDICA

NINK, S. J. (Von Gaspar): *Sein, Leben und Erkennen*, en «Scholastik», XXIX (II), Freiburg, 1954 (págs. 210-234).

Se suele normalmente encontrar la mayor dificultad metafísica en la relación intelectual coherente que responde a una coherencia ontológica entre ser, vivir y conocer. Se trata de averiguar de qué manera se pueden esclarecer las relaciones unitarias que vinculan la metafísica, la vida y el conocimiento.

La naturaleza se presenta como un contenido vital y estructural que tiene el carácter de totalidad. Sobre esta totalidad que sirve de fundamento, se dan

los actos accidentales, según los cuales discurren la estructura y contenido de la vida. La vida según esto se produce en lo que está naturalmente dado. Ahora bien, no se trata de una realidad estática, sino que la vida se constituye dinámica, es decir, la potencia es actualidad y en su actualización se produce la estructura. De este modo se logra una adecuación, esta adecuación va de la potencia a la estructura. Si nos referimos al ser humano, éste encuentra en sí mismo la potencialidad de los actos, es decir, se concibe como fundamento *vitae* de su propia existencia. Es, pues, vida que es realidad y organización, ofreciéndonos a la consideración reflexiva. No hay en este sis-

tema de relación ninguna contradicción. Los modos accidentales que corresponden a la estructura general pueden ser el objeto formal de la investigación intelectual. Las fuerzas elementales se realizan como vida, que, a su vez, en el ser humano reclama el conocimiento, y esto por modo espontáneo, por exigencia de la propia corriente vital. Ocorre según esto que la significación metafísica y teórica del conocimiento está en relación con la propia naturaleza de este conocer. Comprender es tanto como percatarse de la estructura del acto, cuya potencia somos nosotros mismos, y lo intuitivo y lo objetivo, lo general y exterior y lo introspectivo se anudan en una unidad en la que ninguno de sus ingredientes deja de ser recíprocamente funcional respecto de los demás.—E. T. G.

WILMSEN (Arnold von): *Ende der alten Ontologie?*, en «Scholastik», XXVIII (III), Freiburg, 1953 (páginas 361-381).

Es un tema de nuestro tiempo el del problema acerca del fin de la antigua ontología. Hartmann ha sido el primero que ha planteado concretamente la temática. Para él la antigua ontología es una disciplina de contenido perfectamente circunscrito. Dios, el alma, el mundo, eran sus objetos. Pero desde que el metafísico se constituyó principalmente en crítico del conocimiento, la metafísica íntegra perdió su circunscripción. Aparece una nueva problemática. Precisamente el problema básico esté en considerar si el problema de la delimitación de la legitimidad del conocimiento y de la rigurosidad de su contenido es de suyo el problema fundamental de la metafísica. Hartmann distingue en relación con esto entre metafísica y ontología. Por metafísica comprende Hartmann un complejo de problemas que van de lo irracional a lo racional, de manera que transforman en cognoscible lo que se presentaba como incognoscible. A preguntas sin solución se les da solución. Por el contrario, la ontología es para Hartmann resultado de la razón de lo racional a lo irracional, de lo cognoscible a lo incognoscible. De aquí que lo que está en crisis para él, sea la antigua ontología, ya que lo que Hartmann entiende por ontología no es precisamente lo

que los antiguos entendían. La metafísica clásica coincide con la racionalidad. La ontología era una parte de esta metafísica clásica. La nueva ontología, por el contrario, se caracteriza porque recae sobre el conocimiento de la existencia. Es, pues, una ontología de la existencia. Considera al ente como tal, pero entendiéndose aquí como tal en el sentido de como tal existente. Así, en la ontología de Hartmann entran temas científicos, el estudio de la estructura material del ente en su significación filosófica, lo que la separa fundamentalmente de la ontología antigua.—E. T. G.

FUCHS, S. I. (Von Josef): *Die Liebe als Aufbauprinzip der Moraltheologie. Ein Bericht.*, en «Scholastik», XXIX, (I), Freiburg, 1954 (páginas 79-87).

Desde que la Teología Moral se constituyó como disciplina autónoma, no cesa de reiterarse el problema de cuál sea su principio constructivo. Últimamente se ha insistido en el tema del amor como principio básico de la teología moral. En este artículo se recogen algunos de los libros y artículos aparecidos los últimos años sobre este tema. Así, por ejemplo, Schilling, en su *Manual de Teología moral*, señala ya la *caritas* como principio básico. El amor, que es el eje de la vida cristiana, tiene que imponer el ejercicio de todas las virtudes y también los juicios de valor sobre el comportamiento. Una moral que se aparta del amor divino no realizaría el imperio de Dios en la humanidad, que es precisamente el fin humano de la moral. Tillmann, por una parte; Thils, por otra, han subrayado la necesidad de acentuar este concepto, dando a la moral católica no sólo la caracterización de siempre, exigida por sus principios, sino, además, una gran actualidad. Esta conexión entre tradición y actualidad se evidencia con leer algunos artículos como el de Parente, dedicado al «Primato dell'amore e San Tommaso d'Aquino» y el de Simenin «La primauté de l'amour dans la doctrine de Saint Thomas d'Aquino».

La caridad como principio de la teología moral elude el eudemonismo en un sentido que no sea asequible por el cristiano, es decir, en cuanto no se trate de la fruición que produce el amor